

La indignación con que los españoles y el apasionado Pío V recibieron la noticia de la paz de San German muestra de un modo harto claro cuán descontentos quedaron de ella. La política exterior de Francia sufrió un cambio notable, volviendo á su verdadero camino, y poniéndose en abierta oposición con la casa de Habsburgo, y especialmente con España, á pesar de haberse casado Carlos IX con Isabel de Austria, hija del emperador Maximiliano II. La Francia creía ver su mas terrible enemigo en el rey católico: Carlos IX supo rechazar sus reconvenções diciendo, en cierta ocasion: «Gracias á Dios, ahora ya soy hombre y como tal dirigiré por mí y ante mí los asuntos de mi reino.» La alianza que Felipe II formó con el Papa y con Venecia contra los turcos aumentó la antipatía que hacía él sentía Francia, pues los franceses creyeron que aquella alianza se habia formado para ir además contra todos los adversarios del catolicismo. Entonces se entablaron amistosas relaciones con los protestantes alemanes y se buscó el apoyo de Inglaterra, la enemiga mas encarnizada de España. Mas funesto fué todavia para el rey católico el apoyo que Francia prestó á los rebeldes de los Países Bajos, cuya sumision consideraba Felipe como la mas importante tarea de su gobierno.

CAPITULO IV

SUBLEVACION DE LOS PAISES BAJOS

Margarita de Parma.—Granvella.—Guillermo de Orange.—La alta nobleza contra Granvella.—Decisiones violentas de Felipe II.—Oposición de la baja nobleza.—Compromiso de los nobles.—Los «Mendigos.»—La destruccion de imágenes.—Sumision de los rebeldes.—Fuga del de Orange.—El duque de Alba en los Países Bajos.—Ejecucion de Egmont y Horn.—España y los turcos.—Sitio de Rodas.—Levantamiento de los moriscos.—Felipe II y el Papado.—Batalla de Lepanto.—Don Carlos.—La catástrofe de Don Carlos.—Felipe II en la mitad de su vida.—El Consejo.—Los ministros.

Las diez y siete provincias de los Países Bajos habian sabido conquistar, aunque un tanto debilitadas, sus libertades tradicionales, á pesar de todas las guarniciones españolas. Europa entera las admiraba porque conquistadas al mar despues de luchas casi constantes, compuestas en su mayor parte de terreno yermo y con un clima frio, húmedo y pesado, habian sabido, con su infatigable actividad y su inteligencia, llegar á ser la comarca mas rica del mundo. Sus habitantes no se mostraban afables para con los extranjeros, de suerte que los venecianos de aquel tiempo los calificaban de frios, extravagantes, avaros y cabardes; á pesar de lo cual nadie podia negar su poder y habilidad. Los extranjeros solo habian podido conocer la parte exterior de la vida de aquellas poblaciones, sin suponer que detrás de esta habia un gran caudal de pasión, un gran amor á la religion, á la patria y á la libertad, y una extraordinaria energía, cualidades que distinguian á unos hombres, en apariencia tan frios y tan mezquinos.

A pesar de todos los esfuerzos de Carlos I habian logrado conservar, á lo menos de derecho, la mayor parte de sus privilegios, los cuales habian alcanzado su mayor desarrollo en Brabante en el pacto de *Joyeuse Entrée*, que cada nuevo soberano debia jurar, antes de hacerse cargo de la provincia. En este pacto se aseguraba á los brabantinos un procedimiento judicial ante los respectivos jueces, y se establecia que solo los brabantinos podian ejercer cargos públicos en la provincia, y que el clero no podia aumentar su poder y consideracion mas que con el consentimiento de las demás clases. En caso de violacion de la ley por el príncipe, quedaban los brabantinos relevados de toda obediencia. Análogos

privilegios tenian los enérgicos habitantes de Holanda y de otras provincias.

En España y en Italia Felipe II habia extinguido en las hogueras la Reforma, pero los habitantes de los Países Bajos no se dejaron arrebatar tan fácilmente sus derechos y creencias. Al tomar Felipe posesion del trono, la Güeldres y la Holanda estaban llenas de protestantes, siendo la ciudad mercantil de Amberes, al Sur, el centro desde el cual se propagaban las nuevas doctrinas por el Brabante y la Flandes francesa (1). Tambien allí habian intentado fundar su dominacion los calvinistas, en su mayor parte ginebrinos y franceses; pero en el año 1561 triunfaron ciertas doctrinas que tendian á una estrecha alianza con los luteranos alemanes. De todos modos, ninguna provincia se veia libre de la herejía, y no eran pocos los señores notables que profesaban las creencias luteranas ó reformadas.

Felipe II, en cambio, desde que ciñó la real corona puso su mayor empeño en combatir la herejía en los Países Bajos. Mientras duró la guerra, no pudo ejercer en este sentido influencia alguna, viéndose obligado á restablecer la paz; pero además de ello queria unir fuertemente aquellas comarcas libres con el poder central, para lo cual envió allí á consejeros fieles, de origen extranjero, y dejó en ellas despues de la paz tropas españolas contra lo que disponian las leyes fundamentales de los Países Bajos.

Cuando despues tuvo que salir de estas provincias para combatir en España á los protestantes y contener la amenazadora invasion del Islam, confió la regencia del país á su hermana natural, la duquesa Margarita de Parma (hija de Carlos I y de una flamenca), dama de instintos varoniles, como la mayor parte de las mujeres de esta casa española y como todas las de aquella época en que tanto abundaba, aun entre las princesas, la firmeza de carácter. De aspecto varonil, con un ligero bozo en el labio superior (2), y varonil tambien en sus costumbres, pues unos de los ejercicios de que mas gustaba era la caza, poseia además una rápida y profunda percepcion, un extraordinario espíritu de empresa, y una energía á toda prueba. Ya se comprenderá que siendo, como era, su confesor Loyola, la duquesa era católica ferviente: leal en extremo á su hermano, era querida por los habitantes de los Países Bajos que la consideraban como compatriota suya, pues entre ellos habia sido educada. Habíasele dado como consejero principal á Granvella, obispo de Arras, cuya dureza pareció á propósito al rey, para dominar á los protestantes. Contaba Granvella cuarenta y tres años y era un hombre sumamente instruido: hablaba siete idiomas; sus conocimientos en derecho civil y económico eran la admiracion de todos, y veneraba los planes absolutistas y político-religiosos de su soberano. Su afición al trabajo era extraordinaria; quizás no ha habido otro ministro que escribiera tanto como aquel hombre que podia á la vez dictar á cinco secretarios en cinco idiomas distintos (3).

Además la regente presidia un Consejo de Estado compuesto de los hombres mas notables del país y de los mas altos funcionarios españoles. A pesar de todo, Felipe II tenia cercados á la regente, á sus mas fieles consejeros y á los hombres mas influyentes del país por un verdadero ejército de espías, los cuales, conforme á lo que siempre acontece, llevaban al ánimo del rey la desconfianza contra todos aquellos personajes.

(1) Rahlénbeck, *La Inquisicion y la Reforma en Amberes* (Bruselas 1837) pág. 26.

(2) Strada, I, 42.

(3) Gachard, *Correspondencia de Felipe II sobre los asuntos de los Países Bajos*, tomo II, pág. LXIX.—Teodoro Juste, *Los Países Bajos en tiempo de Felipe II*, tomo I, pág. 230.

Desde un principio, tuvo que luchar la regente con grandes dificultades: los naturales de los Países Bajos estaban indignados por la sangrienta prevencion de que eran objeto los adeptos á las nuevas creencias y por la presencia de tropas extranjeras en su territorio, cosas ambas que ellos consideraban incompatibles con la letra y el espíritu de su Constitucion. Cuando Felipe se hubo alejado definitivamente de aquel país, parecióles el gobierno español una dominacion completamente extranjera, y el espíritu belicoso del calvinismo, que poco á poco iba sustituyendo al luteranismo, inclinaba cada vez mas los ánimos á la resistencia. La indignacion del pueblo recaia principalmente sobre Granvella, en quien se veia al causante de todas las violencias impopulares. Los notables, la mayor parte de los cuales, mas por ambicion que por conviccion, deseaban la libertad política y religiosa, fomentaban el descontento con la esperanza de que una vez caido el poderoso ministro, tomarian ellos las riendas del gobierno. Durante la dominacion de Carlos I habian tenido participacion en la direccion del reino y del ejército, y á la sazón se veian postergados á los españoles; de aquí que se pasaran á la oposicion territorial, y que quisieran hacer del Consejo de los Estados de los Países Bajos, donde eran mayoría, una potencia, cuando en tiempo de Carlos I no habia sido mas que un aparato.

Al frente de los descontentos estaba Guillermo de Nassau, príncipe de Orange (1), el cual habiendo nacido en 1533, de una rama pobre de esta casa, se habia enriquecido con la considerable herencia de su primo Renato, que le habia dejado el principado de Orange, al Sur de Francia, y Breda, Diest y otras posesiones en los Países Bajos (1544). Sus padres eran fervientes luteranos, pero le colocaron de paje de Carlos I, el cual le educó católicamente. Su precoz inteligencia y su tacto diplomático, unidos á no comunes conocimientos y á su noble porte, gustaron extraordinariamente al emperador, que le mostró en todas ocasiones su preferencia, le casó con una rica heredera y á la edad de veintinueve años le puso al frente de un ejército de 20,000 hombres. Tambien se sirvió de él en algunos negocios secretos de Estado, de suerte que Guillermo recibió una completa educacion política. A pesar de sus pocos años, poseia el arte de saber ajustar su conducta á sus fines políticos. Circunspecto en su porte, procuraba en todas partes granjearse amistades por su amabilidad y dulzura; así es que, á pesar de ser extranjero, era muy estimado del pueblo de los Países Bajos; mas para los alemanes era mas simpático que para los franceses y los españoles. Su lenguaje era mesurado, amable y desapasionado y sus palabras reflejaban un espíritu claro y penetrante. Cierto que Guillermo tenia ambicion, pero estaba íntimamente enlazada con el amor á su patria y con sus humanitarios sentimientos, y no pensó nunca en apelar, como era tan comun en aquel tiempo, á la mentira y al engaño para servir á sus fines. El príncipe de Orange habia roto con Felipe desde el momento en que este se hizo cargo del gobierno en 1556, á pesar de lo cual el rey le habia hecho entrar en el Consejo de Estado, honrándole además con la distinguida orden del Toison de oro, si bien es verdad que Felipe llevó á cabo estos actos por mandato de su padre, el emperador.

Felipe II se habia mostrado siempre con él personalmente frio y poco afable, tratándole al poco tiempo con aquella desconfianza con que miraba á los hombres de los Países

(1) Teodoro Juste, *Guillermo el Taciturno* (Bruselas 1873). *Guillermo I de Orange*, obra póstuma de K. L. Klose de H. Wuttke (Leipzig 1864). Obra científica y meditada, aunque un tanto árida y atrasada, á causa de los nuevos materiales que entre tanto se publicaron. Véase J. J. van der Horst, *Het huwelyk van Willem van Oranje met Anna van Sassen* (Amsterdam 1853).

Bajos, y guardándose de tratar con él de los públicos negocios. A causa de esto, procuró el de Orange crearse una posicion independiente al lado del soberano, y aun contra la voluntad de este, y consiguió hacerse un aliado en el conde de Egmont, el por todos celebrado y admirado vencedor de Gravelinas. Lamoral de Egmont era un buen soldado, pero su excesiva candidez le hacia ser un mal político y le impedia conocer á fondo á sus compañeros, mas aventajados que él. Mientras Egmont hacia la oposicion solo por el deseo de adquirir en el gobierno la influencia que él creia serle debida á él y á la alta nobleza, el de Orange se proponia destruir el régimen absolutista y clerical que los españoles habian implantado en los Países Bajos: objeto que solo paulatinamente y despues de muchas peripecias podia verse realizado (2).

Una de las principales causas de descontento era el nuevo sistema de administrar la Iglesia que Felipe II introdujo en 1561 en los Países Bajos. En ese extenso y poblado país no habia mas que cuatro obispados; pero Felipe II, con el consentimiento del Papa y para mejor mantener la disciplina eclesiástica, creó 14 obispados mas, entre ellos cuatro arzobispados. Esta innovacion no tenia en sí nada de particular, pero los habitantes de los Países Bajos, en su desconfianza contra todo lo que de España procedia, creyeron que iba encaminada á introducir en el país con el sistema eclesiástico español la Inquisicion. Esta medida se oponia además á la *Joyeuse Entrée* de Brabante. Los magnates temieron que los obispos mermaran la consideracion de que ellos gozaban; y lo cierto es que Felipe, al introducir tal reforma, se proponia dominar mas fácilmente el espíritu de independencia política y religiosa. Los abades, cuyos monasterios debian ser cedidos á los nuevos obispos, protestaron con calor; y las circunstancias de que Granvella, principal promovedor de esta innovacion, y obispo hasta entonces de Arras, recibiera, con el arzobispado de Malinas, la dignidad de Primado y considerables rentas, y de que él, servidor sumiso de los despóticos planes de Felipe, uniera al supremo poder espiritual del país el poder temporal, contribuyeron poderosamente á aumentar el disgusto y los temores de los flamencos.

Mientras en la parte mas rica de los dominios de Felipe crecia el descontento, el rey celebraba (1560) sus terceras nupcias con Isabel de Francia, que á la sazón contaba 14 años, y que era una jóven viva, ingeniosa y bella, por mas que su hermosura no fuese tan extraordinaria como se ha querido suponer (3). Felipe no la amó nunca y la afligia con sus infidelidades, sin que ella se atreviera á manifestar públicamente sus penas. En el propio año de 1560, trasladó Felipe su residencia de Valladolid á Madrid, que por este hecho pasó á ser capital de España, y que fué una creacion artística del capricho despótico en una comarca árida é insalubre (4).

La opinion pública era en los Países Bajos cada vez mas desfavorable al rey. Las victorias conseguidas en distintos hechos de armas por los calvinistas franceses llenaron de

(2) Koch, en sus *Investigaciones sobre el levantamiento y separacion de los Países Bajos de España* (Leipzig 1860), conviene en que Orange, especialmente en la primera parte de su vida pública, no carecia de duplicidad. Pero esto dependia del carácter de la época, pues sus adversarios no eran mejores. Este mismo tema ha sido recientemente reproducido con gran parcialidad y exageracion por Kervyn de Lettenhove (*Bulletin de l'Académie de Belgique* 1881, tomo II, pág. 137). El epíteto de *el gloton* con que le apellida en la misma publicacion Alfonso Wauters, es igualmente injusto.

(3) *Relaciones de Pablo Tiépolo y de Juan Soranzo* (Alberi, I, V, 72, 119).

(4) No habia tal insalubridad. Felipe II la escogió por dos razones, primera por su salubridad y despues por estar en el centro de España. (N. del T.)

confianza y de energía á sus correligionarios de Flandes y Holanda. Algunos pastores que les fueron enviados desde Ginebra y los muchos protestantes que á los Países Bajos llegaban procedentes de Francia y de Inglaterra fortalecieron su celo religioso; y este elemento extranjero desempeñó un papel importante en las grandes ciudades, especialmente en Amberes (1). Felipe, aunque de mala gana, habia accedido á los deseos de las provincias mandando salir de ella á las tropas españolas; pero esta disposicion, que cinco años antes

habria hecho en alto grado popular el gobierno de Margarita y de Granvella, fué tomada demasiado tarde para calmar la indignacion general, y solo sirvió para dar mayor ánimo á los calvinistas, que se reunian públicamente por centenares y aun por millares y entonaban sus cánticos, especialmente los salmos traducidos por Clemente Marot. Los gobernadores y los empleados de baja categoria, todos indígenas, les dejaban hacer tranquilamente, y cuando por órdenes recibidas directamente de Bruselas se volvió á la severidad del edicto



Lamoraldus Princeps Gaverus. Comes
Egmondanus, Flandriae, Arthesiaeque Praefectus.

Retrato del conde de Egmont

aplicándolo con todo su rigor á algunos infelices, levantóse un clamoreo general contra España y especialmente contra Granvella.

La situacion de este ministro, que habia sido honrado por la corte de Roma con la púrpura cardenalicia, era muy poco agradable, pues á él se atribuian especialmente las medidas impopulares y la impasible crueldad de los inquisidores. Las «Cámaras oratorias,» sociedades literarias tan populares en los Países Bajos, se mofaban en sus reuniones de él y de los sacerdotes; millares de sátiras circulaban contra

él (2); pero Granvella por su parte se cuidaba poco de la oposicion de «tan ruin animal como es el pueblo» (3). Los notables se pusieron en abierta enemistad con él y le acusaron repetidas veces ante la regente y ante el rey. Los caballeros de la orden del Toison de oro y toda la nobleza influyente se unieron á Orange y Egmont. Mientras el gobierno solia comunicarse oficialmente con el rey, la regente, la nobleza y Granvella sostenian cada cual su especial y secreta

(2) Mottley II. cap. III.

(3) Granvella, *Papeles de Estado*, VII, 367.

(1) Koch, 71, 81.

correspondencia con el monarca (1). Toda la máquina del Estado amenazaba descomponerse; el pueblo odiaba mortalmente á los españoles, segun escribia el mismo Granvella; comenzó á susurrar que el rey sentia gran aversion hacia los Países Bajos y que se proponia tratarlos como país conquistado; Granvella, á pesar de su actividad, no podia atender á todo: la nobleza y la democracia, los esfuerzos políticos y los religiosos, todo se dirigia de consuno contra él; y el mismo Felipe II, demasiado léjos para proteger á su servidor, se atuvo á su costumbre de dejar á los sucesos seguir su curso y vaciló por espacio de tres meses antes de enviar una instruccion ó una orden á Bruselas.

Envalentonados con esto, Orange y Egmont atrajeron á su alianza al conde de Horn, almirante de los Países Bajos y gobernador de Zutphen, hombre impaciente y violento, de escasa importancia personal, aunque de mucha influencia por pertenecer á una antigua y muy considerada familia noble, Unidos los tres, enviaron en marzo de 1563 una nueva peticion al rey para que Granvella fuese destituido. Felipe, que no se sentia inclinado á satisfacer tan pronto los deseos de los descontentos, se negó á destituirle mientras no se formularan contra él acusaciones terminantes; y en vista de esta negativa aquellos tres magnates decidieron separarse del Consejo de Estado y exigieron la convocacion de los Estados generales, de cuyo firme apoyo estaban seguros.

La guerra estaba, pues, abiertamente declarada entre el ministro y la alta aristocracia, á cuyo lado se encontraba todo el país. El rey no queria ni menguar su autoridad deponiendo á Granvella, ni originar, fomentando el descontento, una rebelion que no tenia suficientes medios para dominar.

Felipe se encontraba entonces envuelto en diversas empresas.

Ya sabemos que apoyaba con hombres y dinero á los Guisas contra los hugonotes; pero al propio tiempo como adalid de la cristiandad católica habia comenzado la cruzada contra el Islam. Durante el otoño de 1559 su escuadra unida con las escuadras de los principales Estados italianos, se habia dirigido contra los turcos, pero junto á la isla de Gelves habia sufrido una considerable derrota. Felipe quiso en 1562 reparar esta humillacion de las armas españolas, pero una tempestad acabó con toda la escuadra que á esta empresa destinaba.

Después de estos reveses creyó que debia seguir en los Países Bajos un sistema contemporizador, y ocultó por espacio de nueve años sus intentos á los nobles separatistas. La regente y Granvella deseaban que Felipe se trasladara á aquellas regiones, pues esperaban que su presencia acallaria á los descontentos; mas el rey no tenia ganas de acceder á sus deseos, impidiéndole además pasar allí en parte el disgusto que le causaba todo ejercicio corporal, y en parte la idea de tener que mostrarse afable para con sus descontentos súbditos.

La situacion se agravó para Granvella, desde el punto en que se declaró contra él la regente, á quien se habia hecho creer que, una vez caido el cardenal, ella seria único dueño de la situacion, y que en secreto se dirigió repetidas veces á su hermano pidiéndole la pronta destitucion del ministro. Por fin consiguió del rey lo que queria: la intencion de Felipe al proceder así fué acceder á todo, hasta que el estado de las cosas fuera mas favorable, salvando al mismo tiempo las apariencias. Granvella, bajo el pretexto de querer visitar á su anciana madre, fué enviado, en marzo de 1564, á su patria,

al Franco Condado; y el cardenal, que á su gran instruccion unia una aficion decidida á la ciencia, se dirigió pronto á Roma, llevándose consigo al jóven Justo Lipsio, el célebre filólogo (2). En los Países Bajos, la destitucion del odiado ministro causó general regocijo, especialmente entre la alta aristocracia que hasta entonces habia sido la única que habia luchado y la única que habia conseguido la victoria (3). Los principales nobles volvieron al Consejo de Estado y dieron al rey testimonio de su obediencia y sumision. Sus adversarios, los partidarios del cardenal, fueron tratados con muy pocas consideraciones por la regente, y la paz y la buena inteligencia parecian restablecidas, bien que á costa de la autoridad real.

Sin embargo las enemistades habian ido demasiado léjos para quedar olvidadas por un simple cambio de personas. Grandes masas del pueblo rodeaban á los mártires protestantes que eran conducidos á la hoguera, y obligaban á los magistrados y á los verdugos á emprender la fuga.

En Amberes, se reunió un sínodo de los calvinistas walo-nes para exponer públicamente sus doctrinas é implorar el auxilio del tolerante emperador Maximiliano II. No obstante, el respetado príncipe de Orange se decia públicamente católico, por mas que en el Consejo de Estado combatiese la persecucion del protestantismo. Los Estados de Flandes consiguieron que se levantara la jurisdiccion eclesiástica. Felipe se abismaba cada vez con mas solícito cuidado en el exámen de las quejas que le enviaban los jueces eclesiásticos y sus espías de los Países Bajos, y él, que era señor de tan vasto reino, mandaba á la regente las listas de los infelices que debian ser encerrados en la cárcel ó arrojados á la hoguera. Las ejecuciones se llevaban á cabo secretamente para evitar los desórdenes populares. A esto se agregaron las luchas políticas y personales; el cardenal Granvella estaba léjos; pero pronto se echó de ver que la confianza del rey no descansaba en la regente, aliada de los grandes magnates, sino en los partidarios de Granvella, es decir, en los *cardenalistas*. En el número de estos se contaba, en primer lugar, el vizconde de Berlaymont, jefe del Consejo de hacienda y celoso defensor del trono y del altar; pero el mas importante de todos era el presidente del Consejo, Viglio, frison, notable jurisculto, erudito, hombre de Estado, estudioso, dotado de gran moderacion, de profunda inteligencia y de infatigable tenacidad. Menos desinteresado en las cosas materiales que Berlaymont, era, sin embargo, un celoso partidario de las antiguas tradiciones de la Iglesia y del Estado, y estaba educado, como Granvella, en la gran escuela diplomática de Carlos I. La regente y los cardenalistas vivian en continua lucha, que no se ocultaba al rey ni á la generalidad del pueblo. Felipe hubiera debido, con su presencia personal, poner fin á esta contienda que amenazaba destruir la máquina del Estado en los Países Bajos; pero la repugnancia que le causaban un viaje y la perspectiva del inmediato contacto con sus recalcitrantes flamencos era tal que por evitársela se expuso á la pérdida de tan hermosas y ricas provincias. Esta fué la mayor falta de cuantas cometió en su vida. Los Países Bajos se alejaban cada dia mas del modo de ser de la vida pública española.

En representacion de la regente y de los nobles, fué á Madrid, en enero de 1565, Egmont para obtener del rey la reorganizacion de la administracion en sentido nacional y la mitigacion de los edictos religiosos. Egmont, que ni tenia gran talento ni poseia un gran conocimiento de los hombres,

(2) Ch. Nisard, *El triunvirato literario en el siglo XVI* (Paris 1852) pág. 19.

(3) Groen van Prinsterer, *Archivos de la casa de Orange-Nassau*, I, pág. XXXIII.

(1) Véanse los tomos II y III de la *Correspondencia de Margarita de Austria con Felipe II*, publicada por Gachards.

